

## *Una revolución continental*

**James Connolly**  
**14 de agosto de 1914**

(Versión al castellano de Irene Font desde “[A Continental Revolution](#)”, en [James Connolly – MIA](#).  
Publicado en *Forward*, del 15 agosto de 1914.)

El estallido de la guerra en el continente europeo hace imposible esta semana escribir para *Forward* sobre ningún otro tema. No me cabe duda de que para la mayoría de mis lectores Irlanda ha dejado de ser, hablando de manera coloquial, el centro del mundo, y que sus pensamientos se dirigen seriamente al examen de la posición del movimiento socialista europeo ante esta crisis.

En el momento en que escribo, a la luz de los últimos acontecimientos, es probable que estas consideraciones estén muy lejos de proporcionar reflexiones satisfactorias para el pensador socialista. ¿Cuál es la posición del movimiento socialista en Europa hoy en día? Vamos a resumirlo brevemente.

Desde hace al menos una generación, el movimiento socialista de todos los países implicados ahora en la guerra ha progresado a pasos agigantados y, lo que es más satisfactorio, con un crecimiento y un desarrollo lentos y constantes.

El número de votos para los candidatos socialistas ha aumentado a un ritmo fenomenal, el número de miembros elegidos en todas las cámaras legislativas se ha convertido cada vez más en un factor de perturbación para los cálculos gubernamentales. Periódicos, revistas, folletos y literatura de todo tipo que enseñan las ideas socialistas se han difundido y se difunden entre las masas por millones; en Europa todos los ejércitos, todas las fuerzas navales tienen una proporción cada vez mayor de socialistas entre sus soldados y marineros; y los sindicatos industriales de la clase obrera han perfeccionado su dominio sobre la maquinaria económica de la sociedad y se han hecho cada vez más receptivos a la concepción socialista de sus obligaciones. Al mismo tiempo, el odio al militarismo se ha extendido a todos los estratos de la sociedad, reclutando gente por todos lados, y despertando la aversión a la guerra incluso entre aquellos que en otros ámbitos aceptaban el orden de cosas capitalista. Las sociedades antimilitaristas y las campañas antimilitaristas de las sociedades y partidos socialistas, así como las resoluciones antimilitaristas de las conferencias internacionales socialistas y sindicalistas, se han convertido en hechos cotidianos y ya no son fenómenos que deban asombrarnos. Todo el movimiento obrero está implicado en la consigna de guerra contra guerra, implicado en el momento álgido de su fuerza e influencia.

Y ahora, como el proverbial trueno en un cielo azul, la guerra está sobre nosotros, y la guerra entre las naciones más importantes porque son las más socialistas. Y nosotros somos impotentes.

¿Y qué ha sido de todas nuestras resoluciones; de todas nuestras muestras de fraternidad, de todas nuestras amenazas de huelgas generales, de todo el sistema de internacionalismo cuidadosamente construido, de todas nuestras esperanzas para el futuro? ¿Eran sólo ruido y furia? ¿no significaban nada? Cuando el artillero alemán, socialista al servicio del ejército alemán invasor, lanza un proyectil a las filas del ejército francés, volando las cabezas, desgarrando las entrañas y aplastando los miembros de decenas de camaradas socialistas de ese ejército, ¿tiene algún valor para las viudas y los huérfanos que ha dejado el proyectil que envió en su misión asesina el hecho de que, antes de ir al frente, se haya manifestado contra la guerra? O cuando un fusilero francés vacíe

su rifle asesino sobre las filas de la línea de ataque alemana, ¿podrá obtener algún consuelo de la posibilidad de que sus balas maten o hieran a compañeros que se unieron en estruendosas ovaciones al elocuente Jaurès cuando abogó en Berlín por la solidaridad internacional? Cuando un recluta socialista del ejército del emperador austríaco clava una larga y cruel bayoneta en el vientre de un recluta socialista del ejército del zar ruso, y la hace girar para que al retirarla le saque las entrañas, ¿pierde este terrible acto su monstruosa crueldad por su común adhesión a la propaganda antibélica en tiempos de paz? Cuando el soldado socialista de las provincias bálticas de Rusia es enviado a la Polonia prusiana para bombardear ciudades y pueblos hasta que un reguero de sangre y fuego cubra los hogares de los polacos súbditos involuntarios de Prusia, mientras contempla los cadáveres de los que ha masacrado y los hogares que ha destruido ¿se consolará a su vez con la idea de que el zar al que sirve envió a otros soldados unos años antes para llevar la misma devastación y asesinato a sus propios hogares del Báltico?

Pero, ¿por qué seguir? ¿No está claro como el agua que ningún levantamiento de la clase obrera, ninguna huelga general, ninguna insurrección generalizada de la clase obrera europea, provocaría o implicaría una mayor matanza de socialistas que su participación como soldados en las campañas de los ejércitos de sus respectivos países? Cada proyectil que estalle en medio de un batallón alemán matará a algunos socialistas; cada carga de la caballería austríaca dejará en el suelo, retorciéndose y agonizando, los cuerpos acuchillados y amputados de socialistas serbios o rusos; cada barco ruso, austríaco o alemán enviado al fondo del mar o volado por los aires significará dolor y luto en los hogares de los compañeros socialistas. Si estos hombres tienen que morir, ¿no sería mejor que murieran en su propio país luchando por la libertad de su clase, y por la abolición de la guerra, que ir a países extranjeros a morir masacrados por sus hermanos para que vivan los tiranos y los aprovechados?

La civilización está siendo destruida ante nuestros ojos. Los resultados de la propaganda, del trabajo paciente y heroico, del autosacrificio de generaciones de la clase obrera están siendo aniquilados por un centenar de bocas de cañón; miles de camaradas con los que hemos vivido en comunión fraternal están a punto de morir; ellos, cuya única esperanza de salvación era cooperar en la construcción de la sociedad perfecta del futuro, son conducidos a una masacre fratricida en la devastación, donde esa esperanza quedará sepultada bajo un mar de sangre.

No escribo con ánimo de crítica capciosa a mis camaradas continentales. Sabemos demasiado poco sobre lo que está ocurriendo en el continente, y los acontecimientos se han desarrollado demasiado rápido para que ninguno de nosotros esté en condiciones de criticar nada. Pero, creyendo como creo que estaría justificada cualquier acción que pusiera fin al colosal crimen que se está perpetrando, me siento obligado a expresar la esperanza de que dentro de poco leeremos la noticia de la paralización de los transportes en el continente, aunque esa paralización requiera levantar barricadas socialistas y actos de amotinamiento de soldados y marineros, como los que hubo en Rusia en 1905. Incluso un intento fracasado de revolución social por la fuerza de las armas, tras la paralización de la vida económica del militarismo, sería menos desastroso para la causa del socialismo que el hecho de que los socialistas se dejen utilizar para la masacre de sus hermanos de armas.

Una gran insurrección de la clase obrera a nivel continental detendría la guerra; una protesta universal en reuniones públicas no salvará ni una sola vida de ser masacrada inútilmente.

No hago la guerra al patriotismo; nunca lo he hecho. Pero frente al patriotismo del capitalismo (el patriotismo que hace del interés de la clase capitalista la prueba suprema del deber y del derecho) situó el patriotismo de la clase obrera, que juzga todo acto público

según sus efectos sobre la suerte de los que trabajan duramente. Lo que es bueno para la clase obrera lo considero patriótico, pero la encarnación más perfecta de este patriotismo es el partido o movimiento que actúa con más éxito para que la clase obrera conquiste el control del destino de la tierra donde trabaja.

Por lo tanto, para mí, el socialista de otro país es un compatriota, al igual que el capitalista de mi propio país es un enemigo natural. Considero que cada nación es poseedora de una contribución particular al acervo común de la civilización, y considero que la clase capitalista es el enemigo lógico y natural de la cultura nacional que constituye esta contribución particular.

Por lo tanto, cuanto más fuerte es mi afecto por la tradición, la literatura, la lengua y las solidaridades nacionales, más arraigada está mi oposición a esta clase capitalista que, en su desalmado afán de poder y de oro, trituraría a las naciones como en un mortero.

Razonando a partir de estas premisas, esta guerra me parece el crimen más espantoso de todos los siglos. En ella, la clase obrera va a ser sacrificada para que una pequeña camarilla de dirigentes y armentistas pueda saciar su ansia de poder y su codicia de riqueza. Las naciones van a ser destruidas, el progreso se detendrá y los odios internacionales serán convertidos en deidades a las que rendir culto.



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)